

A la orilla de los cantares de gesta: Burgos 1938-1939

Ana Sastre

Doctora en medicina y escritora, España

1. INTRODUCCIÓN

Enero de 1938. El Fundador del Opus Dei llega a Burgos, durante el pleno invierno de Castilla. Es preciso haber nacido en esta llanura para conocer bien la sutileza punzante del frío; el destellar de las estrellas que anuncia siempre helada; las gentes con andar apresurado, cruzando los puentes sobre los que la ciudad cabalga el río; la nieve, que cede al pisar con un sonido opaco, desplomada en el silencio de calles y plazas.

Burgos, en la más alta paramera de Europa, nació sobre una orilla pedregosa a la vera del río Arlanzón. Patria de reyes y señores como Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, al que amigos y enemigos hubieron de temer, admirar y respetar. El paseo del Espolón, junto a la glera del río, tiene tanto abuso de historia que es intemporal¹. Por entre los plátanos de Indias anudados en las ramas mantienen imbatible el gesto y el talante, en su base de piedra, los reyes de Castilla. En las afueras, desde un altozano, persiste la vigilancia ruinosa del Castillo, testigo de batallas, orientado su primer mirar hacia las agujas de la Catedral: una llamarada gótica de piedra repujada, que se empina hacia el azul del cielo castellano.

Éste es el marco al que llega el Padre, con un pequeño grupo de los primeros de la Obra. Viene exhausto, tras una agotadora escalada a través del Pirineo. Ha tenido que alejarse de una España en la que el hecho mismo de la fe y del sacerdocio es, sin paliativos, un riesgo seguro hacia la muerte. Desprovisto de

¹ E. MARISCAL GRACERA y A. BONET CORREA, *Burgos tierra y hombre*, Burgos 1998, p. 37.

todo apoyo material mantiene intacta, sin embargo, la fe en la misión universal que Dios le ha confiado. Su tesón, que no se rinde, va a encontrar aquí el contrapunto adecuado para sus ansias de futuro, para la envergadura de su amar y de su hacer, que crecerán al abrigo de estas piedras seculares.

Como escribió el mexicano Alfonso Reyes, en 1943: «Castilla tiene algo de evidencia, de cosa fundamental, de principio incommovible [...]. Castilla es cimiento, semilla, tradición, centro, nervio, alma. Castilla es valor, sobriedad, aceptación realista a la vez que liberación metafísica. Es virilidad, pobreza con limpieza, alegría prudente y sin estruendo, virtud sin teatralidad, poesía sin extremos de artificio, justicia no exenta de piedad, heroicidad callada y bondad»².

La descripción parece ajustarse a los modos de ser y de vivir que busca el Fundador del Opus Dei. Y Castilla, que lo intuye, pondrá en el diario hacer de su camino la fortaleza ante las dificultades y la armonía para escribir el cantar de gesta que suena ya, hace tiempo, por entre los espacios de su alma.

No es, pues, una anécdota breve de tiempo y leve de contenido, la estancia de Josemaría Escrivá en la ciudad de Burgos. Aquí se pondrá en marcha, sin pausa y sin descanso, con sesgos de verso heroico y cotidiano, la hazaña sin orillas a la que Dios ha convocado a su corazón.

2. UN PUNTO DE ENCUENTRO

Burgos acoge al Fundador en una mínima pensión de la calle de Santa Clara 51, donde ya le espera José María Albareda.

Josemaría, sin un mínimo paréntesis de recuperación —la desnutrición, la huida a través del Pirineo y el dolor por los que quedan atrás en el peligro de cada día le han hecho perder cuarenta kilos de peso— inicia su batalla de amor y de paz con cuantos puedan necesitar su palabra, su afecto y su ayuda. Saluda al arzobispo de Madrid, Monseñor Eijo y Garay, también empujado por el exilio de la guerra, y se pone a su disposición.

Y luego inicia la búsqueda de los que han pasado cerca de su amistad, dispersos ahora por los campos de batalla. Gracias a la ayuda del general Orgaz y sobre la base de los conocimientos técnicos de Pedro Casciaro y Francisco Botella, militarizados ambos en la situación de guerra, consigue su traslado a Burgos. Y así, a partir de marzo de 1938, los tres compartirán con el Padre esta intensa etapa en la vida del Opus Dei.

² *Ibidem*, p. 8.

Como los caballeros de gesta, Josemaría Escrivá se apresta a reunir a sus mesnadas de hijos y de amigos; sus nombres y destinos en los frentes de lucha están ya en sus desvelos y en su oración. Y además, desde los comienzos del año 1938 inicia una tarea de constantes desplazamientos, en medios de transporte ínfimos, por caminos y vías férreas intransitables a causa de la guerra; sin recursos, abrigo, comida ni cuidados mínimos. Habla a seminaristas, estudiantes, intelectuales, religiosos de clausura. Visita los frentes de batalla y pone todo su empeño en la urgencia por construir este ejército sin fronteras, con el guión universal de Jesucristo.

El 29 de marzo de 1938 se trasladan a vivir al “Hotel Sabadell”. Es conmovedora la sobriedad descriptiva y el cariño con que Pedro Casciaro, muchos años más tarde, describirá la habitación en la que van a vivir y compartir la presencia del Padre durante el año de 1938-1939.

«Hotel de tercera clase, en el nº 32, actualmente 11, de la calle de la Merced, frente al río Arlanzón. Planta baja y tres pisos en los que había sitio para tres habitaciones con luces a la calle. Entrada con marquesina de hierro y cristal [...]. En las tres plantas había un salón central y a cada lado un mirador de madera encristalado. La habitación del Padre y sus hijos fue el mirador de la izquierda, encima de la marquesina.

Habitación de 4,63 x 3,92 metros, ocupada por tres camas, un ropero, una mesa rectangular y tres sillas. El mirador, que se puede aislar, cerrando los postigos, mide 1,70 x 0,80 metros. En 28 m² con 35 cm., vivieron los cuatro. Se rezará, se trabajará, se dormirá, se recibirán visitas. Más de un centenar de personas vendrán de los cuatro puntos cardinales de España, a ver al Padre: estudiantes, clérigos, militares, profesores... Jamás tuvo apariencia de miseria. Se transformó lo destartalado en hogar: una imagen de la Virgen sobre una tabla, pintada por los hermanos Albareda; banderines, mapas, un crucifijo de madera. El Padre no se dejó aplastar nunca por la escasez»³.

Desde aquí iniciará también un intenso apostolado epistolar. Siempre enmarcada su impaciencia divina por un cálido y auténtico interés humano por cada persona, los trazos firmes, resueltos y amplios del Padre cruzan todos los caminos de España. A veces en valijas diplomáticas y en clave, para romper las barreras de la censura, llegan con afectos entrañables hasta la otra orilla del país: su madre, hermanos, Álvaro del Portillo, Isidoro Zorzano...

³ P. CASCIARO, *Sañad y os quedareis cortos*, Madrid 1994, p. 144.

3. CON LA ROSA DE LOS VIENTOS

A pesar de las dificultades y de la incesante tarea, se le queda pequeño el horizonte que abarcan sus ojos y sus manos. El fuego del alma apunta ya, con ímpetu arrollador, a todas las fronteras del ancho mundo. El 19 de enero de 1938 escribe una primera *carta* a todos sus hijos, encabezada por una cruz griega, con los extremos terminados en punta de flecha, simbolizando los cuatro puntos cardinales. El “Hotel Sabadell” es como una atalaya pacífica pero candente, desde la que se vislumbran campos de conquista que están inscritos en las manos de Dios. Sus cartas en esta época son intensas, personales y urgentes: «No hay imposibles: omnia possum...[...] ¡Vamos pues! ¡Dios y audacia!»⁴. Como gentes de un alto ideal querido por Dios, les estimula a una nueva conquista del mundo, que debe llegar con la inevitable paz.

«¡Sedme fieles! ¡Estoy pendiente de vosotros!»

Su voz, convincente, apoyada en una fe tan honda que se convierte casi en evidencia, acude a las ciudades, los pueblos, los frentes de batalla, los buques de la Armada y, sobre todo, al corazón y a la inteligencia de aquellos que han comprendido la envergadura de su mensaje.

4. LA FUERZA DE LA UNIDAD

En marzo de 1938 da comienzo una publicación con absoluta precariedad de medios pero con un fuerte vínculo de unidad y ánimo que se avienta en todas las direcciones. Se llamará *Noticias* y, como tal, dará cuenta de los acontecimientos de esta pequeña mesnada que está siempre unida en el corazón del Padre.

En una vieja máquina de escribir, comprada de ocasión en los soportales de la Plaza Mayor de Burgos, se redactarán dos copias, que salen camino de León. Don Eliodoro Gil, sacerdote de esta ciudad, las confeccionará y multiplicará a velógrafo. Y retornarán a Burgos para que, en cada sobre y dirección, con la impronta de unas letras del Padre llenas de estímulo, lleguen a cada uno.

«Vivamos una particular Comunión de los Santos y cada uno sentirá a la hora de la lucha interior, lo mismo que a la hora de la pelea con las armas, la alegría y la fuerza de no estar solo»⁵.

Trece números de *Noticias* saldrán en total desde Burgos. El último en marzo de 1939, unos días antes de que el Fundador retorne a Madrid. Las pági-

⁴ *Carta Circular*, 9-1-38.

⁵ *Camino*, 545.

nas de este pequeño y gran mensajero que pasa sus letras de mano en mano, cruzando hasta las últimas fronteras del peligro, animan a utilizar los forzosos tiempos de espera, a templar la mente con motivaciones alejadas de la pasión desencadenada por la guerra y de la corrosión de la ociosidad. Y nada mejor que empezar a tender puentes de comunicación y entendimiento con gentes de otras lenguas, latitudes y culturas. Cuando parecen reclusos en el hoyo de una trinchera, a dos pasos de la muerte, les insta a aprender idiomas, a emplear tiempos libres en desentrañar, con revistas y diccionarios, el modo de ser y decir de otros ámbitos del mundo. Preparados para cruzar nuevas tierras y abrir caminos «al golpe de vuestras pisadas»⁶.

Si en la etapa de Burgos preguntan por el paradero del Padre, la respuesta siempre es la misma: ¡Quién sabe! En cualquier medio de locomoción, por caminos intransitables, en busca de quien le precisa o en el ejercicio libre de su ministerio sacerdotal, sin tregua y sin medida, en medio de la carencia de medios más absoluta.

Pero en Burgos le encontrarán también aquellos que tesoneramente le buscan, quemando en la empresa algunas de sus breves horas de permiso en un frente de guerra. Siempre estará disponible para ellos. Desde el mirador se puede ver la orilla del río, de bajo caudal, pedregoso, resonante y frío, cruzando orillas de pátina histórica escrita en anales de orgullo y heroísmo. Enfrente, el Arco de Santa María, resto de la ciudad amurallada y, detrás, las agujas de la Catedral. Un punto equidistante para un largo paseo hasta las Huelgas Reales o la Cartuja de Miraflores.

«Tenía la costumbre de salir de paseo por la orilla del Arlanzón, mientras conversaba con ellos, mientras oía sus confidencias, mientras trataba de orientarles con el consejo oportuno que les confirmaba o les abría horizontes nuevos de vida interior; y siempre, con la ayuda de Dios, les animaba, les estimulaba, les encendía en su conducta de cristianos»⁷.

¿Cuántos kilómetros recorrió nuestro Padre en aquellos meses de Burgos, por las calles de la ciudad o los caminos cercanos, en compañía de esos muchachos? ¿Cuántas horas pasó con ellos, hablándoles de Dios?

Y también compartirán su amistad muchos sacerdotes; algunos, alcanzarán luego el honor episcopal: Ángel Sagarmínaga, Casimiro Morcillo, Antonio Rodilla, Daniel Llorente...

El Arlanzón, avezado ya a gestas gloriosas, testigo impasible de heroicas decisiones, contempla ahora la puesta a punto de una leva de hombres y mujeres

⁶ Cfr. *Camino*, 928.

⁷ *Amigos de Dios*, 65.

que han sido elegidos para un ideal sin traición, sin muerte y sin memoria: la eterna cruzada del amor y lealtad a Jesucristo.

5. EN LOS AVATARES DE LA GUERRA

El escenario del Fundador cambia con las evoluciones sobre el mapa de la guerra civil española. Un día la llamada urgente es de aquel residente de Ferraz, en Madrid, que agoniza herido en un hospital de Bilbao. Y llega a tiempo de bendecirle antes de morir. Otra vez será Pedro Casciaro, todavía en Pamplona, enfermo y citado en el acuartelamiento, con peligro de acudir a uno de los frentes más duros de la península: el de Teruel. El Fundador llegará hasta la sencilla pensión en que se aloja, prodigándole la atención y los cuidados que su padre, exiliado y lejos de España, hubiera querido brindar a su hijo en peligro.

El 9 de mayo de 1939, sorteando una actividad incesante, emprende viaje a Albarracín, en la provincia de Teruel, para abrazar y ayudar a un muchacho de la Obra que ha vivido una de las batallas más sangrientas de la guerra. Después de un viaje inhóspito, el 15 de mayo puede al fin alcanzar este pueblo de Teruel. Albarracín, clavado sobre las crestas de la roca, de traza medieval, arremolinado alrededor de una iglesia donde se han quedado impávidos el tiempo y la historia, con sonidos fragorosos de torrente y silencios de oquedad sólo turbados por el grito de los pájaros, ensordece ahora con el tronar de las armas de fuego y esconde un combatiente en cada piedra y un peligro en cada recodo natural. Allí, el Fundador, sobre el campo de batalla recién silenciado, meditará y dará forma a uno de los párrafos, transcrito en sus *Homilias*, más comentado y leído durante años, en todos los idiomas del mundo:

«No sé si tú habrás estado en la guerra. Hace ya muchos años, yo pude pisar alguna vez el campo de batalla, después de algunas horas de haber acabado la pelea; y allí había, abandonados por el suelo, mantas, cantimploras y macutos llenos de recuerdos de familia: cartas, fotografías de personas amadas... ¡Y no eran de los derrotados; eran de los victoriosos! Aquello, todo aquello les sobraba, para correr más aprisa y saltar el parapeto enemigo. Como a Bartimeo, para correr detrás de Cristo»...⁸

Hace un parangón entre el evangélico ciego Bartimeo, que tiró su capa — tal vez cuanto tenía— para acercarse deprisa a Jesús, y estos hombres a quienes estorba la impedimenta para luchar por sus vidas.

⁸ *Amigos de Dios*, 196.

Y el Padre dice, de un modo realista y gráfico, cómo es preciso dejarlo todo y correr, con la urgencia de ir en busca de Aquel que es en Sí mismo el *camino, la verdad y la vida*⁹.

El 7 de junio de 1938, es Ricardo Fernández Vallespín quien cae herido en el frente de Madrid. En un tiempo mínimo el Fundador acude a verle, con un salvoconducto, para llegar al hospital de campaña. Ni uno solo de cuantos se han acercado a su misión y a su amistad dejará de sentir la vela de cariño y esperanzas con que Josemaría Escrivá les lleva en el corazón.

6. LA GRANDEZA DE LA VIDA ORDINARIA

Hay un proyecto arraigado en Josemaría desde sus primeros años en Zaragoza, y que cumplirá durante su estancia en Burgos: visitar la tumba del Apóstol Santiago en Compostela. Zaragoza, Santiago y la Virgen del Pilar permanecen tradicionalmente unidos. A lo largo de la Edad Media, reyes, obispos, mercaderes, personas de toda clase y condición se han dado cita en Galicia. Después del Santo Sepulcro en Jerusalén y las tumbas de Pedro y Pablo en Roma, ha sido Santiago el vínculo capaz de aunar a todos los peregrinos de Europa a través de cuatro grandes rutas que cruzan los Pirineos. El Fundador, desde los trece años, ha visto a Nuestro Señor Santiago en el retablo policromado de su parroquia de Logroño: Santiago el Real. En 1938 determina ganar el jubileo. El día 17 de julio emprende la ruta con D. Eliodoro Gil y Ricardo Fernández Vallespín. Pierden el tren y deben darle alcance por atajos de carretera, a la altura de un pueblo llamado Vegellina de Órbigo, a 30 km. de León. En este breve camino de seguimiento cruzan la preciosa vega de Órbigo, con sus campos de remolacha y lúpulo recién plantados. En medio de un llano, ven un paciente borrico de noria que riega los surcos acarreando el agua de los cangilones. Y les hace una consideración en voz alta sobre el humilde animal que realiza un trabajo circular, monótono, sin otras perspectivas de espacio, pero callado y eficaz. Él consigue derramar el agua en los campos para que se cubran de fecundidad. Surge, como la espiga del grano, esta idea de la grandeza de la vida corriente, con su apariencia igual pero sin costumbre, en la que el chispazo debe estar en el motivo, en la pasión del encuentro con Dios a través de cada instante y en la capacidad de servicio: «donde de verdad se juntan el cielo y la tierra, es en vuestros corazones cuando vivís santamente la vida ordinaria»¹⁰.

⁹ Jn, 14,6.

¹⁰ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 116.

La imagen del borrico, tozudo, esforzado, trabajador y amistosamente gozoso del esfuerzo, cruzará los cinco continentes con su simbolismo trotón, serio y entrañable.

El 19 de julio, el Fundador podrá rezar ante la urna de plata que contiene los restos del Apóstol en la Catedral de Santiago de Compostela. Allí, mezclado con el incienso del gran *botafumeiro*, tiene un largo memento por todos y por cada uno.

7. COMO UN CANTAR DE GESTA

Ávila, *ciudad de cantos y de santos*, con su muralla de piedra que dibuja y disloca las sombras del atardecer, es un punto de cita para Josemaría Escrivá. Don Santos Moro, obispo de la diócesis, ha invitado repetidamente al Padre que, al fin, emprende el camino desde Burgos. Va paladeando, durante la ruta, la memoria intacta y transparente de Teresa de Ahumada y Juan de la Cruz. Sus cartas desbordan esta alegría:

«Aquí me tenéis como en mi propia casa: sólo me faltáis vosotros, pero ¡si supierais cuánta compañía os hago, a cada uno, durante el día y durante la noche! Es mi misión: que seáis felices después, con Él; y ahora en la tierra, dándole gloria»¹¹.

«De Ávila —sobre sus murallas—, en el Palacio Episcopal, a 13 de agosto, año del Señor mil novecientos treinta y ocho.

¡Estoy encantado de haber venido! Laus Deo!!!

¿Pedís por mí?»¹².

Al día siguiente dará comienzo un nuevo itinerario, sin descanso, en tandas sucesivas de Ejercicios Espirituales, de los que tanto seminaristas como laicos y religiosas de vida contemplativa guardarán feliz memoria. Y un día, todavía muy lejano, pedirán la canonización de Mons. Escrivá, rememorando en sus escritos los retazos luminosos y entrañables de estas charlas de un joven sacerdote que no conoció riesgos ni descansos, llamando al corazón de todos para abrirlo a Jesucristo.

En Ávila siente que emergen, como puntos de luz en su memoria, los versos de Teresa y Juan de la Cruz, tantas veces citados en sus charlas, tantas veces cantados por los caminos y por los insonoros rincones del alma. En la descripción de su talante, definido en los documentos para la Causa de su Beatificación, se le

¹¹ *Carta*, 11-8-38.

¹² *Ibidem*, 13-8-38.

llama: “contemplativo itinerante”¹³. Y, en verdad, tuvo el don de convertir la calle en una sucesión de encuentros anudados entre la más elevada experiencia mística y la más rigurosa y realista exigencia ascética. «Nuestra celda es la calle»¹⁴.

Desde los primeros años de su adolescencia lee implacablemente y rememora de una manera precisa los autores clásicos de la literatura española: Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Tirso de Molina, Calderón, fray Luis de Granada, Gonzalo de Berceo, Machado, Unamuno... Y la literatura popular de juglares y canciones que aplica siempre a los grandes parámetros humanos y divinos de la vida corriente. Después de medio siglo, recordará las lecturas apasionadas de sus años jóvenes y escribirá:

«Ahora reverdezco mis aficiones de la juventud leyendo vieja literatura castellana, de la que también se sirve el Señor para confirmarme en su paz [...]

[...] En no pocas ocasiones, me gustaba recordar —al hablar de cosas espirituales— un verso que atribuía al *Cantar de Mío Cid*: ‘Y la oración al cielo cabalgaba’. No me dirás que no es expresivo. Releo en estos días el cantar, y he tenido que reconocer que mi memoria de viejo ha cometido de buena fe un error, que casi se puede llamar imperdonable. Porque el original, pensándolo bien, es más realista y tiene más *teología nuestra*. Dice así: ‘la oración fecha, luego cavalgava’. Primero, rezar; después, cabalgar, que es trabajar, pelear —disponerse a pelear—; y trabajar y pelear, para un cristiano, es orar: entiendo que este verso, del *Cantar de gesta*, va muy bien para nuestra gesta de cristianos corrientes y contemplativos. Mejor que el otro, que salía —entre nieblas— de la herida que quedó en mi imaginación de adolescente»¹⁵.

Escribe Vázquez de Prada: «La persistencia de esa lejana rasgadura autobiográfica, oreada por un sentimiento poético, es algo más que simple almacenaje de memoria. Sólo se explica por la impronta dejada en su alma [...]. El sentido del poema y la figura del héroe, le dejaron ese raudal de perspectivas ideales que dicha lectura suscita, inevitablemente, en todo lector. La reciedumbre de ánimo, el ímpetu hazañoso, la nobleza en conllevar reveses de fortuna, la lealtad generosa, el perdón, la cortesía y el señorío, debieron ser temas de su reflexión. Y nunca se apagaron en su mente»¹⁶.

¹³ *Decreto Pontificio sobre el ejercicio heroico de las virtudes del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer*. Roma, 9 de abril de 1990.

¹⁴ A. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid 1993, p. 78.

¹⁵ *Carta*, 7-6-65.

¹⁶ A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1983, pp. 65-69.

8. LO EXCEPCIONAL Y LO ORDINARIO

En Burgos y desde Burgos, tiene lugar una sucesión de acontecimientos que entran en el plano de lo extraordinario, movidos por la Providencia.

El Fundador tiene motivos más que suficientes para asumir la certeza de que Dios ha querido que deje Madrid y se establezca en Burgos. En la ardua escalada del Pirineo y en la oscura noche interior de Rialp, la voluntad divina no ha dejado espacio a las dudas. Sin embargo, el Padre sufre pensando en todo y todos los que han quedado en Madrid. Se lo escribe así a Isidoro Zorzano, en una carta que llegará pasando por Francia y en valija diplomática:

«Mal día para mí fue el día 2 (se refiere al 2 de octubre de 1938, décimo aniversario del Opus Dei): porque me ahogué en un mar de recuerdos de personas y de cosas queridas —soy un sentimental: ¡este corazón!...»¹⁷

Después de un año refugiados en la Legación de Honduras, Álvaro del Portillo y otros dos del Opus Dei quieren salir de Madrid hacia el frente de batalla, cruzar las filas republicanas y llegar hasta el ejército nacional, para poder reunirse con el grupo que está en Burgos. A muchos les ha costado la vida un proyecto similar. Por ello, Isidoro Zorzano les aconseja habitualmente no intentarlo. Pero un día, rezando en su despacho, sabe que lo podrán lograr el próximo 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar en España. Lo increíble es que el Padre, en Burgos, sin comunicación alguna, tiene esta misma convicción: sus hijos llegarán en esa fecha, procedentes de Madrid. Y así se lo hace saber a cuantos le rodean. Es una seguridad interior, humanamente inexplicable, pero con firmes anclajes de certeza.

Desde ese momento, la sucesión de avatares providenciales es continua. Sin apoyo humano ni recomendación alguna, estos tres hombres jóvenes coincidirán, en medio de un ejército de setecientos mil hombres, en la misma brigada, batallón, compañía y sección. A las 7,30 de la mañana del 11 de octubre de 1938, una vez destinados al frente en primera línea, dan comienzo al riesgo de su aventura. Llevan el Santísimo, que Isidoro Zorzano ha puesto en sus manos, y pueden comulgar.

Tendrán que subir, en durísima escalada, dos montes de hasta 1800 m. de altura; cruzar repetidamente un río; dormir y descansar brevísimas horas con el solo abrigo de los matorrales. A las 6,30 del día 12 de octubre comienzan la que ha de ser última jornada. Hacia mediodía, a través de los pinos, divisan un pueblo con su iglesia. Están agotados. De pronto, suenan festivas, como un feliz repique de bronce liberador, las campanas tocando al “Angelus”. Están en zona

¹⁷ Carta, 7-10-38.

nacional: han cruzado el frente. Puestos en pie, rezan e inician el descenso. Este último gesto les salvará la vida, aunque aún no lo saben. El ejército nacional destacado les ha visto llegar, pero como no se despliegan ni se ocultan no pueden ser enemigos. Y no disparan sobre ellos. Al día siguiente, una vez reconocidos y asumidos por la oficialidad, les llevarán a Jadraque, Sigüenza, Soria y, por fin, Burgos. El día 14 de octubre el Padre avisa a todos a las 8 de la mañana: «Venid: han llegado ya». En menos de setenta horas han logrado pasar a través de las líneas de fuego, desde el frente republicano hasta Burgos.

Cincuenta y cuatro años más tarde, a la muerte del Fundador, Álvaro del Portillo, ejemplo inmovible de toda lealtad, le sucederá, por decisión de Dios y plebiscito unánime a la cabeza y al corazón del Opus Dei.

De éste y otros eventos dirá Josemaría Escrivá al cabo de los años: «Hijos míos: intencionadamente no he querido contaros nada. Yo os mentiría si os dijera que el Señor no ha tenido conmigo intervenciones extraordinarias. Las ha tenido siempre que han sido necesarias para la marcha de la Obra. [...] Pero, muy especialmente en un día como hoy, no he querido contaros nada de eso, para que se os quede muy grabado, y lo repitáis en el futuro a vuestros hermanos, que el camino nuestro es lo ordinario: santificar las acciones vulgares y corrientes de cada día, hacer endecasílabos —poesía heroica— de la prosa diaria»¹⁸.

9. LOS PASOS DE UN “CAMINO”

En esta etapa de Burgos, *Camino* empieza su andadura definitiva. Las ideas, encuentros, palabras de ánimo que surgen como chispazos en las oportunidades diarias pasan a trozos de papel que el Fundador va acumulando en su archivo. Con ellas completará *Consideraciones Espirituales*, editadas en Valencia en 1934. Este pequeño libro, que ahora se apila en humildes fichas escritas con una máquina vieja y descabalada, llegará con el tiempo a las manos de millones de lectores en más de cuarenta idiomas. Será el caminar estimulante, animoso, ascético, para llevar en el bolsillo del corazón por todos los senderos de la tierra. En muchos de sus puntos asomarán las imágenes de esta ciudad castellana en la que se inscriben, forjadas entre la piedra, el yelmo, escudo y espada de las gestas medievales.

Así, en el punto 238 podemos leer: «El examen general parece defensa. — El particular, ataque. — El primero es la armadura. El segundo, espada toledana». Y en el 826: «[...] Las gestas relatan siempre aventuras gigantescas, pero mezcla-

¹⁸ A. DEL PORTILLO, *Entrevista...*, cit., p. 217.

das con detalles caseros del héroe. —Ojalá tengas siempre en mucho —¡línea recta!— las cosas pequeñas».

Y en el 923: «El día que ‘sientas’ bien tu apostolado, ese apostolado será para ti una coraza donde se embotarán todas las asechanzas de tus enemigos de la tierra y del infierno».

Y en el 401: «¡Dios y audacia! —La audacia no es imprudencia. —La audacia no es osadía».

¿Y cómo no recordar aquel punto capital, el 928, en el que, con reminiscencias de gesta, nos dice: «[...] es preciso atravesar el mundo... Pero no hay caminos hechos para vosotros... Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas?».

Desde que han llegado los huidos del frente de Madrid, el Padre pasea frecuentemente con Álvaro del Portillo por las orillas del Arlanzón, por la Catedral, camino de las Huelgas Reales o de la Cartuja de Miraflores. Da comienzo una relación de apoyo y confianza sobre este hombre enviado por Dios y que será, para siempre, un bastión de fortaleza y lealtad:

«¿Te acuerdas? —Hacíamos tú y yo nuestra oración, cuando caía la tarde. Cerca se escuchaba el rumor del agua. —Y, en la quietud de la ciudad castellana, oíamos también voces distintas que hablaban en cien lenguas, gritándonos angustiosamente que aún no conocen a Cristo.

Besaste el Crucifijo, sin recatarte, y le pediste ser apóstol de apóstoles»¹⁹.

También aparecerán, entrelazadas, imágenes de fortalezas, castillos, trigos, sembradores y surcos, en contrapunto con ideas de servicio, fidelidad, honra y trabajo cotidiano. Son secuencias que nacen y se agolpan en su memoria aquí, en este breve pero intenso tiempo de Burgos. Durante el último trimestre del año 1938, *Camino* estará terminado.

También en sus cartas breves, incisivas, sobreabundan las imágenes e ideas que quiere dejar impresas, de modo indeleble, en sus hijos de hoy y del futuro. «No veo más que un obstáculo imponente: nuestra falta de filiación y nuestra falta de fraternidad, si alguna vez se dieran en nuestra familia. Todo lo demás (escasez, deudas, pobreza, desprecio, calumnia, mentira, desagrado, contradicción de los buenos, incompreensión y aun persecución por la autoridad), todo, no tiene importancia cuando se cuenta con Padre y hermanos, unidos plenamente por Cristo, con Cristo y en Cristo»²⁰.

Cuando dentro de pocos meses puedan volver a Madrid e iniciar las tareas universitarias en la Residencia de la calle de Jenner campeará, en el vestíbulo de

¹⁹ *Camino*, 811.

²⁰ *Carta* 9-1-39.

entrada, un repostero cuya réplica se multiplicará por muchos lugares del mundo: «El hermano ayudado por su hermano es tan fuerte como una ciudad amurallada»²¹.

A mediados de octubre de 1938, José María Albareda tiene que residir en Vitoria para atender sus labores docentes. El 10 de noviembre, Álvaro del Portillo se incorpora a la Academia de Ingenieros en “Fuentes Blancas”, muy cerca de Burgos. El día 15 del mismo mes, Pedro Casciaro se va a Calatayud, adscrito al ejército de Levante con el general Orgaz; sólo se queda Francisco Botella con el Padre. Para mantener su autonomía y recursos económicos se ven precisados a un último traslado: una vieja casa de huéspedes en la calle Concepción nº 9. Durante las semanas que median entre diciembre de 1938 y marzo de 1939, el Fundador seguirá viviendo precariamente. Pero ninguna carencia apagará su fuego interior. Es aquí cuando escribe en una carta a sus hijos:

«¡La oración! No dejarla para nada.
Mira que no tenemos otra arma.
Hoy, nada más»²².

10. “MUDO CIPRÉS EN EL FERVOR DE SILOS”

Es el décimo aniversario de aquel 2 de octubre en el que Dios le hizo ver el Opus Dei. Hacia el sur de Burgos, a 57 km., rodeado de árboles y montañas, se afinca el Monasterio Benedictino de Santo Domingo de Silos. Construido en el siglo VII, cenobio cristiano y prisionero musulmán, camino de pisadas peregrinas de la ruta jacobea, entre Burgos y Soria, alcanza su etapa gloriosa entre los reinos cristianos a partir del siglo XI. Aquí se refundió la liturgia, convirtiendo el oro, las piedras y esmaltes en adoración; aquí, los cientos de códices miniados revelan el culto que los monjes rendían a las letras, al silencio, a la oración y al arte creador que transforma atriles, muros y vitrinas en un portentoso museo de belleza. En el hechizo del claustro, luz y sombra, emerge el ciprés centenario, como un vigía de los múltiples y diversos capiteles. El poeta Gerardo Diego le llamó «Enhiesto surtidor de sombra y sueño [...] ejemplo de delirios verticales, mudo ciprés en el fervor de Silos»²³.

A este bello rincón acude el Padre el 25 de septiembre de 1938, y permanece hasta el 1 de octubre. Acogido a la hospitalidad benedictina, ocupa una

²¹ *Prov*, 18, 19.

²² *Carta* 20-12-38.

²³ *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*, Madrid 1995, p. 652.

celda de monje y reza en silencio, y reflexiona sobre los diez años de camino, desde que Dios señaló, de modo irrevocable, su misión sobre el mundo de los hombres. Acuden a su meditación aquellos que le han secundado y todos los que han de venir a la Obra de Dios.

Escribe Vázquez de Prada que, «desde mozo, le atrajo la canción de amor a lo divino. La persiguió incansable por entre los cancioneros, los cantos de juglares, las “Cantigas” y los cantares de gesta. ¿De dónde, si no, su decir y recalcar que un alma entregada a Dios ha de hacer “de la prosa diaria, endecasílabos, verso heroico”?»²⁴.

Su vida, como la de la Santa andariega de Ávila, es una constante urgencia por hacer la Obra de Dios. Pero en medio de la más trepidante actividad diaria, lleva en su celda interior el diálogo permanente con el Señor de todos sus quehaceres. Es un contemplativo que busca el encuentro con Dios en la esquina de los acontecimientos. Y de vez en cuando se rodea de silencio, de santos y de historia, para lograr una puesta a punto del alma y una carga de energía espiritual con la que abordar de nuevo la tarea.

Esto es lo que hace en Silos, muy cerca del 2 de octubre de 1938. Poner a punto, una vez más, la única arma que tiene y tendrá siempre el Opus Dei: la oración.

«Me removía con esas cantigas, como la de aquel monje que pidió en su simplicidad, a Santa María contemplar el cielo. Se marchó al cielo en su oración—esto lo entendemos todos nosotros, lo entienden todos mis hijos, todos, porque somos almas contemplativas—, y cuando volvió de su oración, no reconocía a ningún monje del monasterio. ¡Habían pasado tres siglos! Ahora lo entiendo también de una manera particular, cuando considero que Tú te has quedado en el Sagrario desde hace dos mil años para que yo te pueda adorar y amar y poseer; para que yo pueda comerte y alimentarme de Ti, sentarme a tu mesa, ¡endiosarme! ¿Qué son tres siglos para un alma que ama? ¿Qué son tres siglos de dolor, tres siglos de amor, para un alma enamorada?: ¡un instante!»²⁵.

11. TIEMPO DE CAMINAR

Es frecuente ver al Padre en continuas y pausadas caminatas con alguno de sus hijos o de gentes que acuden a su amistad y su consejo. Se les puede seguir

²⁴ A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...*, cit., pp. 84-88.

²⁵ *Ibidem*, p. 70 (RHF 20159, pp. 487-888; RHF 20754, p. 275).

cruzando el puente de San Pablo, andando por la Quinta, paseo de chopos, seguir la vera del río y acercarse al convento de San José, fundado en 1582 por Teresa de Ahumada. La Cartuja de Miraflores será también un lugar de encuentro, a la sombra del gótico florido de Juan de Colonia, con el mausoleo de Juan II y su esposa Isabel, que hizo exclamar a Felipe II: «En El Escorial, no hemos hecho nada».

Pero, sin duda, un lugar de primordial importancia en la vida del Padre durante su estancia en Burgos es el Monasterio cisterciense de las Huelgas Reales. Fundado por Alfonso VIII y Leonor de Aquitania, y aprobado en 1187 por el Papa Clemente III, tiene el carácter de una impresionante fortaleza. Allí se entrelazan el gótico, el mudéjar y el renacimiento en una sucesión de gracia y fuerza.

El Fundador del Opus Dei va a elegir, en medio del fragor de la guerra civil y de la constante actividad de su oficio pastoral, el tema de su tesis doctoral para concluir académicamente su licenciatura jurídica. Una vez más da ejemplo de que cualquier situación, por precaria que sea, no debe obstaculizar el esfuerzo intelectual ni la tarea profesional perfecta y conclusa. La pasión por saber y la transfiguración del trabajo ordinario en eje de santidad superan la mera curiosidad o la soberbia humana. Durante varios meses el Padre llegará hasta el “Contador Bajo” y tendrá a su disposición, por decisión del obispo y amabilidad de la comunidad cisterciense, todos los legajos y documentos que recogen y configuran la autoridad de las abadesas del Real Monasterio. Es ésta una figura plena de poderes casi episcopales, civiles y judiciales, investida para crear capellanías y beneficios, otorgar licencias eclesiásticas, instruir expedientes, recabar tributos y custodiar panteones reales. Durante muchos años, el Monasterio será retiro de la alta nobleza y cementerio de los reyes de Castilla. Tiene aire de patio de armas donde se viven el silencio, la nobleza y el esplendor de la liturgia. A lo lejos se ven las torres de la Catedral. Sólo rompen el silencio las campanas.

El tema le resultará fascinante a Josemaría Escrivá, por las circunstancias y el ámbito que confluyen en el perfil jurídico de la abadesa, pero también por la presencia de la mujer en la vida de la Iglesia. Dios le dio a entender, el 14 de febrero de 1930, la presencia necesaria de la mujer en su Obra. Y a la luz de esta clarividencia, pedirá a las futuras mujeres del Opus Dei autonomía, afirmación en todos los trabajos del mundo, fortaleza para abrir y caminar los atajos de la tierra como apoyo de los proyectos de Dios.

No en vano es en la etapa de Burgos cuando pregunta a Álvaro del Portillo la conveniencia de que la propia familia, su madre y su hermana, se ocupen de las tareas administrativas de las casas de la Obra, hasta que la sección de mujeres esté suficientemente desarrollada y preparada.

Está adelantando ya el contraluz de la doble capacidad femenina para empeñarse en cualquier trabajo de sesgo y seriedad profesional, tanto en el ambi-

to de las actividades todas del mundo como en la empresa insoslayable de hacer hogar, de convertir los espacios y la convivencia en calor y acogida. Las casas del Opus Dei nunca tendrán un ámbito destartado y carente de atractivo. Serán hogares donde descansar alma y cuerpo, para emprender con cada nuevo día las pequeñas y grandes conquistas para Dios.

Su tesis, que comienza en marzo de 1938, será un trabajo completo y perfecto. De él escribirá el profesor Lamberto Echevarría: «El libro [...] está redactado con un castellano tan noble y rotundo; está lleno de un interés y una amenidad tan grandes, que es difícil imaginar que se pueda llegar más allá»²⁶.

12. A MODO DE CONCLUSIÓN

Desde su llegada a Burgos, el Padre celebraba Misa en la iglesia de los Santos Cosme y Damián y en el altar de la Inmaculada. Pedro Casciaro, que le ayudó muchas veces, cuenta sobrecogido la manera de acercarse a Dios del Fundador de la Obra. No en vano, tanto este altar como el retablo serán reproducidos con absoluta fidelidad en Torreciudad, el Santuario que, en sí mismo, revive en la piedra, el hierro y la tierra de Aragón una auténtica parábola de la vida y el espíritu del Fundador.

En aquel altar de San Cosme, mañana tras mañana, nuestro Padre encontraba la fuerza sobrenatural para ir adelante, sobreponiéndose a la enfermedad, a la falta de lo necesario, a los avatares e incertidumbres de aquella época, mientras soñaba en una labor apostólica ancha y profunda que, desde aquel rincón de la meseta castellana, tenía que extenderse por los cinco continentes.

No fue un paso accidental, de espera obligada, su estancia en la ciudad castellana. Aquí veló sus “armas”; su palabra y su espíritu templaron las almas de sus hijos y amigos; aquí soñó las playas del mundo, afincado en el más rotundo realismo. Aquí rezó, estudió y tensó las flechas del arco de su alma, para “lanzar” el mensaje de Cristo a los cuatro puntos cardinales.

Sobre la nieve de Burgos pasó, haciéndola caudal y fecundidad, un hombre capaz de responder a aquel reto de amor urgente del Dios hecho hombre: «Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda?»²⁷.

²⁶ L. DE ECHEVARRÍA, *En torno a la jurisdicción eclesiástica de la Abadesa de Las Huelgas*, “Revista Española de Derecho Canónico”, 1 (1946), pp. 219-220.

²⁷ *Lc*, 12, 49.